

VECINOS ILUSTRADOS

Los detractores del fútbol Fernando Martín Aduriz

He leído estos días el libro de Michel Houellebecq, *La posibilidad de una isla*, y el libro *Umberto Eco y el fútbol*. Son muy diferentes, pero dada la actualidad de los mundiales, les he leído haciendo serie lógica. Pienso en los detractores del fútbol en estos días, algunos de ellos vecinos ilustrados.

Y no se piense que hay pocos detractores. Muchas mujeres tiemblan estos días ante la posibilidad de las horas de sus parejas y sus hijos frente al televisor. Muchos hombres que detestan el deporte del gol no saben cómo proclamar su inocencia frente a las jaurías de hinchas, forofos, y demás especies. Hay, muchas niñas, que no pueden entender que ven sus semejantes en ese deporte. Y lo curioso son esos críos que no juegan ni han jugado nunca al fútbol y que se convierten en forofos televisivos.

Si alguien está contra la arqueología egipcia, o sencillamente no le gusta, no le va a importar, o contra las series de televisión, con no verlas, vale; pero estar contra el fútbol, aborrecerlo, y tener que tragar estos días lo que se avecina es muy fuerte.

La posibilidad de una isla es la opción para los detractores del fútbol cuando parodiando a Kipling, ‘todo a tu lado es cabeza perdida’. Pues para los detractores, el forofó del fútbol es un descerebrado, que no piensa, no lee. Para Umberto Eco, según explica en “El Mundial y sus pompas”, el fútbol es un laberinto repleto de signos cifrados cuya descodificación conduce a nuevos laberintos, por lo que ‘leer’ el fútbol requeriría leer la cultura que nos circunda y sus excesos.

Realmente, si se piensa despacio, el fútbol como manifestación cultural da el semblante de que se establecen vínculos sociales. Incluso hay quien ha querido ver en los campeonatos del mundo del fútbol una guerra civilizada entre naciones, una forma inteligente de llevar la competición entre los pueblos a un nivel menos sangriento. Y quizá no les falte razón a cuenta de las metáforas que se crean alrededor, y a los efectos que se calculan que se pueden operar en un país si triunfara en ese campeonato: se puede extrapolar diciendo que sube el estado de ánimo de una colectividad o hace más natural el uso de una bandera y la da razón de existir. Dicen que Francia recibió ese impacto en el 98.

Pero por debajo de los lazos sociales está cada individuo frente a su relación con el fútbol, y aquí no podemos generalizar. Para cada quien, el fútbol representa seguramente algo distinto: el sostén imaginario imprescindible de la vida, algo que llena las semanas, el escenario donde se deposita la agresividad menos canalizable, un espectáculo diferente, el deporte más emotivo... varias funciones a la vez.

Lo que está de más es generalizar y creer que todos los aficionados al fútbol son como los *tifossi* que Umberto Eco veía de niño cuando su padre le obligaba a ir a los estadios y a los partidos del Milan, una imagen que se le quedó grabada y que le apartó definitivamente de este deporte.

Está de más generalizar porque el *pathos* que rodea al fútbol no se puede reducir a un único significado.

En cualquier caso se ve lo imposible de una isla, y lo tentador que es el aislamiento.